

Alex y sus princesas.

Historia de un análisis infantil

IVONNE ASCENCIO*

El fin del presente trabajo es compartir cómo a través del psicoanálisis infantil, y la construcción en el mismo, no sólo se pueden levantar inhibiciones en el desarrollo de un niño, sino ir más allá, donde la regresión segura que el jugar permite puede llevar a poner en palabras un trauma no recordado que, desde las profundidades donde no existe el proceso secundario, irradia y afecta el devenir de un sujeto para liberarlo y hacer que un Yo devenga.

A través de fragmentos de sesiones (cada sesión es un ejemplo de un periodo del análisis) presentaré la historia de un tratamiento infantil, desde su inicio hasta su terminación.

En julio de 2021, recibo la llamada de Beatriz, que me pide ver a Alex, su hijo, quien se encuentra muy ansioso. Agendamos una entrevista y muy gratamente me sorprende de ver que llegaran los dos papás de Alex, cosa no tan común. El ver al papá de Alex involucrado me da buen augurio. Me encuentro con dos papás preocupados por su hijo, y sufriendo el que su hijo sufra. Mi primera impresión es de una pareja estable, cariñosa, con muy buena relación y comunicación, los dos afectivos, sensibles y comprometidos en el bienestar de su hijo.

En la entrevista les pregunto sobre lo que los llevó a buscarme, e indago sobre el desarrollo de Alex. Me comentan que el motivo de consulta es porque ven que Alex está muy nervioso con el regreso a clases presenciales, trae ansiedad en lo social y referente a temas de enfermedad y muerte; me comentan que estos miedos se intensificaron con la muerte de uno de sus perritos. Tienen varios, pero todos son muy queridos, especialmente por Alex.

*Ivonne Ascencio
Analista titular en
función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara.
Directora de la Clínica
José Sáyago de la APG.

ivonneascencio@hotmail.
com

Dicen que es un niño inteligente, mas no se le facilita la socialización con niños, ya que está acostumbrado a convivir con adultos, y más por la pandemia. Hablan que su desarrollo fue el adecuado, que es un niño fuerte, que tiene dificultad en pronunciar algunas letras, pero que de ahí en más todo bien. Al yo preguntar si tiene otro hermano, me comentan que es hijo único, ya que el nacimiento de Alex fue complicado, y la vida de Beatriz estuvo en riesgo. Que como pareja están en pláticas de ese segundo hijo.

Recibo a Alex de 5 años, y me sorprende de ver a un niño que físicamente se ve unos años mayor. Es alto y corpulento, su voz —como su físico— es muy fuerte; de su cara veo, ya que iniciamos utilizando cubrebocas, que sus ojos son expresivos. Me sorprende ver la facilidad con la cual se queda conmigo, se le siente cómodo en mi presencia, pero evita hablarme; sin embargo, siempre me invita a jugar con él, explora el consultorio y le dan curiosidad las cajas. Le digo que puede investigar, y mientras investiga yo le explico por qué viene conmigo y cómo lo puedo ayudar.

De las cajas, agarra juguetes de forma humana, viene por lo general vestido de superhéroe y de *Star Wars*, me platica que a él y a su papá les gusta mucho esta saga. Veo que le cuesta pronunciar algunas letras y al principio se me dificultaba entenderle, más con el cubrebocas; durante algunas sesiones trae al consultorio un juguete, casi siempre de un superhéroe, yo llevo otros con los que me pide jugar a pelear, pero no habla mucho de sus miedos. Con niños pequeños entiendo que el juego en sí es curativo, por lo que no lo fuerzo ni me fuerzo a hablar, mejor jugamos.

Sesión:

P: (Saca las cajas y voltea, vacía, todo su contenido por todo el tapete). Hoy vamos a jugar con los bloques.

T: ¿Qué vamos a construir?

P: Animales... yo una jirafa... se va a llamar Kiki. Tú a un perro.

T: (Lo construyo). Listo... ¿Cómo le ponemos?

P: Cacá. (Se ríe).

T: Muy bien. Hola, Kiki y Cacá. (Alex va por un muñeco que dice que es malo, y destruye a Kiki y a Cacá). Y pareciera que Cacá es como tú...

P: (Me echa desinfectante en *spray*). ¡Estás congelada!

Yo voy pensando a la par dos cosas: que a través de construir a Cacá quiere tramitar el duelo por su perrito y, junto con este duelo, el duelo del miedo que tuvo ante la fantasía de la posibilidad de la pérdida de alguien querido, en especial de los papás. Pero, por otro lado, veo en este juego una representación y una manera de Alex de comunicarme cómo en estos años de pandemia su Yo sufrió una inhibición. Un Yo que estaba en pleno desarrollo, tomando fuerza, y después fue tumbado/tronado por la amenaza que fue la pandemia. Un Yo que, como los bloques, se podía sostener, pero que era frágil.

Durante los siguientes meses, las sesiones transcurren de esta manera: jugamos al mismo juego y en la misma secuencia, pero a diferencia de otros niños (con características más obsesivas) no me aburre; al contrario, disfruto mucho el juego con él. La diferencia que veo es que Alex tiene una gran capacidad de fantasear, y, como dice Winnicott (1970),

esta capacidad creadora¹ de Alex es una fuerza importante contra sus ansiedades destructivas.

Alex llega y vacía todas las cajas, las voltea, dejando el tapete todo lleno de juguetes, y divide a los muñecos en dos grupos, donde yo soy la buena y me toca manejar a unos títeres de mano: una princesa vestida de rojo con puntos negros, una princesa vestida de rosa con flores, un rey barbón, un niño con cabeza de hongo, un doctor y un dragón. Y él es el malo, juega con superhéroes y *stormtroopers*.

Esta escena me hace pensar en Melanie Klein y su concepto de *pecho bueno* y *pecho malo*²; me hace ver que sus mecanismos de defensa corresponderían más a la posición esquizo-paranoide; con esto puedo ver que su ansiedad hacia el mundo externo es una proyección de su mundo interno y la necesidad que tiene de sacar todo peligro, que le causa un descontrol en su vida, escindir lo bueno de lo malo... Veo que a través del juego él toma una posición activa y de control ante algo pasivo que, siente, lo inunda.

Alex empieza a jugar con los bloques, y armamos a Kiki y Cacá, los cuales son destruidos por los malos. Toma el *spray* antibacterial que tengo y juega que me echa el rayo paralizador en algunos momentos, y en otros se convierte en el rayo de hacer malos. Me avienta muñecos, no enojado, pero no jugando; lo tomo más bien como él, defendiéndose y manteniéndome lejos, lo cual yo respeto.

¹ Winnicott, D. (1970). "Vivir creativamente". En: *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*, pp. 48-65.

² Klein, M. (1946). "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides". En: *Obras Completas*, vol. I. Buenos Aires: Paidós, 1990.

Las primeras sesiones fueron difíciles, me sentía un poco frustrada de no poderme acercar a él, pero entendía su miedo y cómo sentía el mundo peligroso.

En esta primera etapa, Alex no me deja hablar; me paraliza cada vez que intento interpretar. Recibo su mensaje y decido guardar mis interpretaciones para más adelante. A falta de mi palabra, decido tomar una hoja y dibujar un escudo que uso para protegerme de su rayo, con el fin de que viera que tenía a una analista que no era afectada por sus proyecciones. ¿Cómo acceder a lo reprimido sin nuestra herramienta principal, la palabra? ¿Cómo trabajar por *vía de llevar* sin la palabra?, ¿se puede trabajar de esta manera con un niño de 5 años? Si yo no podía interpretar, los juguetes lo podrían hacer por mí. Comencé, sin percatarme, a trabajar por *vía de porre*³.

A veces las princesas eran las malas, y con el rayo hacían malo al Alex bueno; otras veces, cuando era Alex malo, yo y los títeres le robábamos el rayo desinfectante para hacerlo rayo de hacer buenos, cosa que sólo duraba unos segundos y volvía a ser él el malo. Y al revés, cuando Alex con su rayo hacía malos a los títeres (principalmente al dragón), yo —a través de las princesas— llamaba al títere doctor, quien nos curaba. Alex disfrutaba mucho este juego.

Poco a poco, Alex iba platicando más con los títeres, en especial con las princesas. Me dejaba, a través de ellas, interpretar. Les presumía a las princesas sus tenis nuevos y "ellas" trataban, con la ayuda del dragón, de robarlos; él se hacía el dormido, y cuando me acercaba se

³ Freud, S. (1905). "Sobre psicoterapia". En: *Obras Completas*, tomo VII. Amorrortu Editores, p. 250.

despertaba buscando asustarlas y alejarme de nuevo. Poco a poco empecé a cambiar la palabra *malo* por *grande*, y él la palabra *grande* por *ser poderoso*. Alex iba depositando en mí y en la terapia esa parte peligrosa, y le iba permitiendo ser más libre en el mundo externo.

Varios meses después, Alex llega al consultorio con un juego, y por primera vez no va a sacar las cajas de juguetes. A estas alturas ya no tengo ningún problema en entenderle, no sé si es porque él va hablando mejor o yo le entiendo mejor.

Sesión:

P: ¿Jugamos?

T: Sí, pero me tienes que contar qué traes ahí y cómo se juega.

P: Mira, mira... (Se sienta en el piso y saca el juego). Es para pescar. (Saca un juego donde hay muchos peces, le da vueltas para darle pila y la base empieza a girar, y los peces a abrir y cerrar la boca). Mira, vamos a pescar. (Me da un palito de adentro de la caja). Ésta es la caña... ¿ves cómo los peces abren y cierran la boca?, pues hay que atraparlos así... Quien atrape más gana, ¿va? (Jugamos y me gana). Es que yo ya llevo mucho jugando..., ¿otra vez? (Jugamos dos o tres veces más. Algunas gana él, otras yo. Toma un Kleenex y lo empieza a romper). Cochinerito, cochinerito, voy a hacer un cochinerito... (Rompe el Kleenex en muchos pedacitos muy chiquitos y los deja por todo el suelo).

T: Mira, como hoy no jugamos a ser los malos, tienes que romper el Kleenex en muchos pedacitos para dejar lo malo afuera y poder jugar...

P: (Se para y va a la caja de juguetes). ¿Jugamos con la princesa y el dragón?

Toma, tú eres la princesa. (La pone a mi lado y pone el dragón a su lado). Mmm..., pero mejor seguimos jugando a pescar... (Agarra un pedacito de Kleenex y lo pone en la boca de un pez). Quien pesque ese pez, gana.

T: Y ¿me quieres enseñar cómo con tu palito puedes atrapar al pez que tiene algo en la panza, como si tuviera un bebé?

P: (Se ríe). Sí, sí... tiene un bebé..., ¡a jugar! (Jugamos y él se apura a poder atrapar el pez con el Kleenex). Lo atrapé yo... el bebé es mío... Ahora hay que ponerles a todos los peces..., ¿me ayudas?

T: Entonces entre los dos vamos a poner bebés en la panza.

P: Pero yo más.

T: Pero claro, tú fuiste quien trajo el juego, el palito y quien hizo todos esos pececitos de papel, y quien quiso meterlos en la panza de los peces. (Alex agarra un pez y se lo pone en la boca, luego otros dos y se los pone en las orejas; se ríe). Ah..., entonces no quieres que hable de bebés... ni tampoco escuchar. (Me avienta un Kleenex... y se ríe). Pero mira lo que me quieres decir: que si tú haces bebés, es que ya no eres el bebé de mamá, que ya eres un niño grande, y que sé que no te gusta hablar de ti, pero yo creo que sí quieres hablar de los bebés, de dónde salen.

P: De la panza de mamá... Mira, mira... (Agarra peces). Muerden... mira. (Comienza a ponerse peces en los dedos; se los comen). ¿Me ayudas con la otra mano? (Yo lo ayudo a ponerse cinco peces en cada dedo de la otra mano. Se ríe). Mira, mira, se los comieron todos... ¿Me ayudas?

T: ¿Qué tengo que hacer?

P: Me quitas los de esta mano... (Se los quito). Pero los de estos dos dedos

no. (Se ríe y se quita los dos últimos peces, poniéndose uno en la nariz). ¡Ya no tengo nariz, ya no tengo nariz!

T: Y pareciera que a los niños que quieren poner peces en la panza de mamá, llegan los peces grandes y se comen sus dedos y su nariz.

P: Es que no les gusta... (Se lo vuelve a poner en la nariz y se ríe). ¡Shh, shh! (Me trata de poner un pez en la boca, pero tengo puesto el cubrebocas y no puede).

T: Mmm... me quieres callar, pero también quieres ponerme un pez-bebé en mi panza.

P: Shh, shh... Toma, tú eres la princesa... ¿Jugamos a la princesa y el dragón? (Me pongo la princesa). Que el dragón quería quitarle su corona a la princesa, ¿sí? (Juega con el dragón y le muerde la corona a la princesa). ¿Le volteas el pelo para que no se vea la corona? (Lo hago).

T: O será también que traes duda si mamá y papá querrán tener otro bebé, y que ese otro bebé te quite el lugar de ser el hijo único, el rey de la casa. Es que ya vas viendo que no eres un bebé.

P: ¡No!, ya cumplí 5 años... va a ser mi fiesta, ya estoy grande.

Sesión tras sesión, Alex va desarrollando una relación conmigo a través de las princesas: a mí me pide que sea yo quien las manipule, pero es él quien me va guiando en lo que tienen que hacer y decir. Cada que llega a la sesión nos alejamos del mundo de lo real para entrar a la fantasía, a ese reino entre la realidad y el delirio, entre lo animado y lo inanimado que cobra vida. Alex habla y se relaciona con las princesas, pero sabe que las princesas soy yo; borra la realidad para poder jugar y crear. Así puede manejar su ansiedad de relacionarse conmigo, y

se puede acercar: las princesas pueden estar cerca, abrazarlo y jugar con él.

Alex

Alex llega con un Tiranosaurio rex que hace ruido... es un muñeco que se ve tierno y con colores vivos, aunque se le ven los dientes grandes y expuestos, es lo que más resalta de su cara. Lo deja en el sillón y sale a jugar al jardín; prende la manguera... riega el jardín.

P: Agua por aquí... agua allá, en ese árbol... agua allá para que crezcan las plantas... mucha agua aquí (en su pie), mucha agua... hay un río. (Se pone la manguera entre las piernas).

T: Me estás demostrando que ya eres un niño grande, y que con tu manguera eres muy poderoso y das vida. (Va y agarra una semilla que encuentra de los árboles —grande, de forma de almendra— que medio entierra y la empieza a regar). ¿Qué sabes de los bebés?

P: Que son de una semillita que papá pone en mamá.

T: ¿Como la que tú estás plantando?

P: Sí, es una bebé... mi hermanita, que se va a llamar Alejandrina. ¿Vamos adentro? (Entra al consultorio, agarra su juguete). Tú eres las princesas; ¿las sacas?

T: (Voy por las princesas). Listo, ¿ahora qué sigue?

P: Agarra un cojín. (Se mete debajo del diván y pone el cojín enfrente). Es mi puerta, diles a las princesas que vengan, que me encuentren.

T: (Las princesas son hermanas, según Alex. Yo cambio mi voz). Vamos, hermana, vamos a caminar... (Bajo la voz). Alex, ¿qué más tengo que hacer?

P: Que vengan y traten de abrir la puerta. (También en tono bajito).

T: Mira, hermana, una cueva y una puerta... Vamos a investigar. Mira, está muy cerrado (voz de la otra princesa. Alex hace que su muñeco ruja). ¡Ay, hermana! ¿Escuchaste eso?

P: (Hace volver a rugir a su dinosaurio...) Que abran la cueva. (En bajito).

T: Mira, hermana, creo que ya pude hacer que se abra. (En ese momento sale el dinosaurio rugiendo y se lleva a una princesa, y la otra la tiene que salvar. Así dura el juego una y otra vez...).

T: Ya nos vamos por el día de hoy. Pero mira, estuvimos hablando de bebés y luego juegas a que algo que está en una cueva puede ser peligroso... creo que me vas hablando de que la cueva puede ser la panza de mamá y cómo vas viendo al bebé como algo peligroso que, aunque dan ganas de encontrar, asusta.

Sesión:

Alex va vestido de playera roja y *short* negro. Salgo por él y le digo: "Adelante". Sale corriendo. Entro al consultorio y brinca buscando asustarme; se ríe... se acuesta en el sillón y se pone a jugar con su iPad. Acerco el sillón de lado y me quedo en silencio... dura un ratito jugando.

P: ¿Me traes a la princesa roja? (Saco a la princesa y se la llevo). Mira, princesa, acuéstate aquí. (Señala su hombro. Le pongo a la princesa ahí y vuelvo a mi sillón, al lado). Mira, princesa, voy a pintar... Mira, princesa, mi árbol de Navidad... ¿Te gusta?

T: Sí. (Hago la voz de la princesa).

P: Mira, acuéstate en mi pecho para que veas mejor... (Él solo la acomoda). Mira este juego... (Entra a Minecraft: un juego donde se puede entrar a mundos contruidos por otras personas,

y se puede construir el propio o crear/ cambiar el de otros; tiene un personaje "avatar" que es quien explora los mundos. Entra a un mundo... y empieza a caminarlo). Es mi favorito... (Voltea con la princesa, que sigue en su pecho). Mira, esta casa la hice para nosotros, ¿te gusta? (No es una casa, es más bien un jardín con una barda de ladrillos, y adentro está vacío, no hay techo, es parecido al jardín y la pared del consultorio). La voy a hacer alberca. (La llena de color azul; en el juego se construye con una varita de estrella. Alex camina). Mira este castillo... ¿brincamos? No te asustes... yo te cuido... aquí. Vamos a otro juego, quédate aquí... (Se la cambia al hombro). No te asustes, yo te cuido. Éste es el monstruo, ¿ves lo que yo veo? (Me pregunta a mí).

T: Sí. Yo alcanzo a ver también desde aquí.

P: (Juega dos juegos en donde puede construir ejércitos con una varita de madera y luchar contra otros. Son ejércitos de ogros y monstruos). Princesa, quédate en mi hombro. En el castillo hay ratones... te dan miedo los ratones, ¿verdad? ¡Yo te cuido! ¡Tómale!, ¡pum, pam...! ¡Tómale!, ¡pum, pam...! ¿Ves, princesa?, ¡ya les ganamos!

T: Y yo lo que veo es que en los dos juegos que traes hoy hay varitas mágicas que crean y cuidan, y desaparecen monstruos. La vez pasada tú eras el monstruo de la cueva, y ahora los logras controlar y ganarles.

La siguiente sesión que lo veo, repite el juego de la cueva, sólo que esta vez construimos una cueva más grande. Mueve todos los muebles, acerca las sillas, quita el tapete... y me pregunta: "¿Tienes una cobija o toalla para ponerla como techo?". Tapamos las salidas con

cajas y cojines... y ahora jugamos que es él el monstruo, que hace ruidos; busca la salida y yo lo tengo que encontrar como las princesas, investigando las puertas... Él sacaba sus manitas por las diferentes puertas para que viera dónde estaba y fuera a abrir... Cuando abría, trataba de atraparme. Fue un juego en el que se reía, pero lo sentía angustiado. En el momento, lo que entendí y le dije fue que él ya tenía mayor control del monstruo y menor miedo, que por suerte ya era un espacio más amplio que el huequito debajo del diván... que ya se podía mover más y llamar la atención.

Yo recuerdo, tristemente, hasta después de la sesión (por la tarde) que él, cuando nació, fue por el desprendimiento de la placenta y, como su mamá estuvo en riesgo de morir, entendí que el monstruo no era “el bebé” que le podría quitar su lugar, sino que era él, que desde dentro pudo dañar a su mamá; que el peligroso era él...

A la siguiente sesión, Alex no quiso asistir, le dijo a su mamá que estaba muy cansado; y ella me avisó que las siguientes dos sesiones no nos veríamos porque saldrían de viaje. Yo me quedo muy triste de que se fue con la angustia y no alcancé a ver y quitarle el miedo de los monstruos que se quedaron en mi consultorio, y por el susto no quiso regresar. Me quedo esperando que después de su viaje quiera volver.

Sesión:

Alex regresa de su viaje. Llega con un juguete en su muñeca. Apaga la luz.

P: Mmm... ya sé. Mira, ven... escóndete conmigo. (Se mete al clóset, que tengo vacío, así que entramos los dos. Ya

había jugado a esconderse en el clóset donde están los juguetes —cuando llega, para brincar y asustarme—, pero es la primera vez que me invita. Nos metemos al clóset y lo cerramos, se logra obscurecer todo). Mira... (Prende su juguete y me enseña qué proyecta. Ríe...).

T: Guau, es de Spiderman. ¿Lo trajiste de tu viaje?

P: Sí.

T: ¡¿Cómo te fue?!

P: Bien. Oye, ¿y las princesas? Hay que invitarlas... pero yo voy. Tú quédate aquí, te voy a dejar cerrado, pero no te asustes, ¿eh? Ahorita regreso. (Sale del clóset, cierra la puerta y regresa con las dos princesas). ¿Lo cerramos? Miren, princesas, lo que traje... es Spiderman. (Nos sentamos los dos adentro del clóset, y aunque estoy apretada me siento muy contenta de verlo bien, muy feliz de estar ahí adentro con él).

T: Alex, mira cómo me invitas y enseñas hoy, cómo no siempre asusta lo que hay en espacios encerrados, no hay peligro.

P: Vamos a salir, princesas, ustedes primero... (Pero ellas, conmigo, son las que van a ver que no haya nada peligroso afuera). Vayan, princesas. (Me voltea a ver y habla bajito). Que salgan, pero que no se asusten. No pasa nada, ¿eh?

T: Hermana (voz de princesa roja), vamos a asomarnos primero para asegurarnos que no haya nada malo. ¿Te acuerdas, hermana, que la otra vez Alex nos cuidó con su ejército? Ahora nos toca a nosotras cuidar de Alex y enseñarle que afuera no hay nada peligroso y que, aunque estuvimos adentro y queremos salir, nadie está lastimado. (Voz de princesa rosa). Sí, nos toca a nosotras... así que vamos, hermana, muy despacito. (Juego a que exploran antes

de abrir la puerta. Alex está a mi lado, tranquilo. Ve que me cuesta trabajo pararme y se ríe).

P: Es que estás muy grande... (Ve a las princesas). Princesas, ¿es seguro salir?

T: Sí, Alex (voz), ya investigamos y no hay ningún peligro, al revés; ven a ver qué bonito está el día.

P: (Sale). Mmm... (Me ve). ¿Podemos hacer otra vez la cueva?

T: Claro, ¿cómo quieres que la hagamos?

P: Ahora sólo vamos a acercar las sillas y vamos a poner la cobija.

T: (Arreglamos). Alex, hoy tenemos más espacio, la cobija no lo cubre todo.

P: Mmm... está bien, sólo hay que ponerle puertas y que sólo cubra el sillón grande para que sea mi cueva... (Lo hacemos y se mete, quedando tapado en su cueva). Dile a las princesas que me busquen. (Tono bajito). Mira, toma... que me avienten esto, va a ser mi carnada, díles que hay un animal salvaje adentro, pero que se queden aquí.

T: Mira, hermana... (Yo estoy lejos de él, afuera de lo que construimos, detrás de la puerta). La cueva hoy está más grande, hay más espacio... (Alex empieza a mover su mano dentro de la cueva). ¡Ay, se mueve! (Voz de princesa rosa). Rápido, avientale la carnada para ver quién sale. (Aviento).

Alex sale muy despacito: primero las manitas, luego los brazos; los baja y toca el suelo... Luego saca la cabeza y el resto del cuerpo —se me figura mucho a un nacimiento, pero esta vez más tranquilo y hasta armónico—. Se vuelve a meter a la cueva y me avienta desde adentro las carnadas... Así jugamos varias veces, y cada vez sale más rápido y sin tanta

cautela. Yo le hablo como las princesas lo que va haciendo.

T: Mira (voz de princesas), nosotras que estábamos tan asustadas del animal salvaje, pero creo que salía tan despacito porque él también estaba asustado de nosotras.

P: (“Sí” con la cabeza).

T: Aunque es grande y salvaje, ya no me da miedo (voz de princesa rosa), creo que nos está tratando de decir algo... Cada vez que nos avienta la carnada, creo que nos está invitando a jugar con él (voz de princesa roja).

P: Princesas (con su voz), las invito a pasar, tranquilas... no les va a pasar nada. (Entro con las princesas... Alex empieza a actuar como un perrito).

T: Mira, hermana (voz de princesa roja), no era un animal salvaje... es un perrito. Hola (voz de princesa rosa), hola... (Alex se acerca y empieza a brincar como perrito, a sacar la lengua y hacer ruidos de perrito). ¿Cómo te llamas? (Voz de princesa roja). Alex sigue haciendo ruidos). Los perros no hablan, hermana. (Voz de princesa rosa). Creo que quiere que le pongamos un nombre... (Alex se emociona como perrito, saca la lengua, mueve las pompas). ¿¿Ves?!, eso es lo que le faltaba para que ya no fuera salvaje, que tuviera un nombre... Perrito (voz de princesa roja), ¿te gusta Clodomiro? (Alex se ríe y trata de repetir el nombre, y ríe... y dice “no” con la cabeza). ¿Pánfilo? (Voz de princesa rosa). Alex se vuelve a reír y dice que no, se me acerca y muy bajito me dice: “Que intenten con Juguetón”). ¿Qué te parece Juguetón? (Voz de princesa roja). Alex se emociona y sube y baja y brinca, me vuelve a llevar las carnadas y jugamos un rato a que las princesas le avientan los juguetes, y él va por ellos.

Se para). Creo que así se siente él hoy. (Voz de princesa rosa). Mira, hermana, hoy Juguetón nos está enseñando que, aunque la vez pasada nos enseñaba su parte salvaje, sus dientes y garras, no es agresivo y no hace daño. Hay veces (con mi voz) que sientes, como hoy, que estás lleno de cosas y comida buena que te dejen tranquilo. Otras veces sientes que las cosas están oscuras y son peligrosas, que te asustan por el daño que pueden causar si salen de su cueva, pero hoy no es de esos días. Alex, nos quedan unos minutos. (Empezamos a juntar).

P: Hoy no, hoy no los quiero guardar, los quiero dejar tranquilos aquí en mi cueva. ¿Los guardas tú?

T: Sí, los guardo yo.

P: Bueno, ya me voy. (Lo acompaño a la puerta, voltea). No, tú tampoco sales, tú te quedas aquí con ellos... ¡Adiós! (Sale corriendo y riendo).

Las siguientes sesiones me encuentro con un Alex que juega menos con las princesas y más conmigo, habla y canta. Por este tiempo muere otro de sus perritos. Beatriz me llama para avisarme que no asistirán a sesión, ya que uno de sus perritos está muy mal en la veterinaria; ya es grande y no creen que sobreviva. Quiere llevar a Alex a despedirse. A mí me duele mucho eso. A las pocas horas me vuelve a buscar Beatriz para decirme que Alex se encuentra bien, tranquilo, sólo que le pide que me busque para ver si lo pudiera ver, si alcanzo todavía a recibirlo.

En esta sesión, Alex llega jugando, me platica de su perrito y luego puede llorar; se sienta a mi lado y llora por un rato. Yo lo acompaño y me dice que el perrito está ahora en el cielo con otros de sus familiares, y que lo van a cuidar y

querer como lo hizo él. Con este suceso yo veo que Alex le da otra significación a la muerte, y ésta deja de ser amenazante.

Al año de tratamiento, me pide Beatriz entrar unos minutos antes de que terminara la sesión, y me comenta que ella y su esposo ven a Alex bien, y querían ver conmigo si era necesario que Alex continuara, ya que había iniciado con la terapeuta del lenguaje y se preocupaban de cansarlo con tanta actividad. Respondo que yo también lo veo muy bien, pero que me gustaría escuchar lo que Alex tenía que decir, que era su espacio. A lo que Alex voltea y dice: "Mamá, yo no me canso". Su mamá le dice que tiene razón, que lo platican con él. Les digo que lo platiquen como familia, que sólo les pediría que no nos dejáramos de ver de un día para otro.

Al día siguiente me escribe Beatriz para decirme que platicaron los tres, y decidieron que Alex se quedara con una sesión. Yo al ver a Alex le digo que el usar su palabra para decir que quería su espacio me hacía ver que había crecido y que él era capaz de sostener su tratamiento, pensando en Dolto y su concepto de pago simbólico: "Yo trabajo de analista, pero eres tú el que debes querer que yo te ayude, proponiéndole un pago simbólico, que será el representante de su deseo transferencial, que le dará valor a toda sesión, que será dialectizada (...)". Le digo que, aunque sus papás me pagaban con dinero, a él ahora le tocaría hacer un pago: su pago sería su palabra, cada sesión tenía que contarme algo, lo que él quisiera compartir conmigo. También le digo que había visto que su palabra tenía mucho valor y era tan valiosa para pagar su espacio como el dinero de mamá y papá.

Cada sesión él llegaba pagándome, contándome algo nuevo de la escuela.

Muchas veces iniciaba con un: "Ivonne, hoy tuve el peor día de mi vida", "Fabricio me hizo...". Fabricio es su mejor amigo, pero vimos que se ponía celoso de que Alex hiciera nuevos amigos; o con un: "Ivonne, hoy tuve el mejor día... hoy jugamos todos a Las escondidas", "Hoy ayudé a mi compañero a hacer esto... es que ellos son pequeños, necesitan mi ayuda".

Desde aquí, el juego de Alex cambió. Tomó un muñeco bebé de plástico que se encontraba en la caja de juego, y me pidió que le llevara otro bebé, bibis y una tina, pero que esta vez fuera niña. La llevo a su siguiente sesión, una bebé, también de plástico. Toma a la bebé y toma a las princesas, y me dice que vamos a jugar a que el bebé de la caja y la nueva bebé son las princesas, ahora bebés. Le digo que muy bien, que cómo jugamos, y me responde: "Tú y yo vamos a ser niños, pero vamos a ser malos, ¿eh?". Yo le pregunto que qué hace un niño malo, y me dice que no los cuidan.

Empezamos el juego y veo a un Alex que le comienza a hablar a las princesas bebés de una manera cariñosa, les da de comer con el bibi, las duerme; lo "malo" recae en que después de bañarlas (las bañábamos en el jardín) llenaba la tinita con agua y las dejaba secar al sol. "No las podemos cambiar" (era verano, así que ve que no hace frío). Yo en este tiempo lo interpreto como que él ya se va viendo como un adulto, como alguien grande capaz de cuidarse y cuidar ahora él de las princesas, de dar cosas buenas de él, como esos bibis y esas palabras lindas para que durmieran. Le hablo que, con su crecimiento, su cuerpo y el cuerpo de los demás le empiezan a interesar más, puede jugar con ello y no angustiarse.

Estando un día en el jardín, comenzó a jugar con las princesas grandes. Las toma y juega a aventarlas al aire. Toma a la princesa rosa, la avienta al aire y ésta queda atrapada en un techito. Alex la ve; me dice: "Luego la bajas", y se mete al consultorio a seguir jugando. La siguiente sesión, y durante los próximos meses, ya no sacaré a las princesas, en su lugar llega con su iPad y me enseña cómo juega Roblox.

Con Roblox, dudo si dejarlo entrar todas las sesiones con su iPad, pero lo empiezo a ver como un niño grande y que me quería ahora él enseñar a mí algo que yo no sabía, y meterme él ahora a su mundo virtual. Yo dejo de jugar para que ahora él juegue solo, y me toca cambiar mi rol a acompañarlo sólo con mi palabra. Ahora interpreto los juegos que él decide escoger, los cuales, en su totalidad, giran en una nueva temática: jugar solo o hacer equipo para ganarle a los malos.

Día a día jugaba más solo, me contaba cosas para su pago, lo vi rodearse de muchos amigos y sintiendo menos su necesidad de la terapia y de mí. A través de Roblox, fuimos hablando de que él podía tener más amigos, de no tener que cuidar a su amigo Fabricio; a medida que iba haciendo equipo en Roblox, iba creciendo el número de amigos.

En esta ocasión fui yo quien les pedí pasar a Alex y su mamá para decirles que veía muy bien a Alex, que yo consideraba que era tiempo de hablar ahora sí de finalizar la terapia. Yo volteé con Alex y le dije que eso no significaba que no lo quería ver y que tampoco significaba que ya no me podría ver él a mí. Cada vez que quisiera venir, sólo le tendría que pedir a su mamá que me hablara y él tendría un espacio aquí. Les explico

que no sería necesario volver a retomar si no se requería, pero si lo necesitaba, pudiéramos tener sesiones a demanda.

Última sesión de Alex:

T: Adelante, Alex. (Llega sin el iPad, pero con un peluche grande de Huggy Wuggy. Se quita los zapatos como siempre y se acuesta en el diván, sólo que esta vez me avienta uno de sus zapatos). Sé que estás enojado porque hoy es nuestra última sesión, pero, como te dije, aquí siempre hay un lugar para ti. Te has de preguntar por qué tomé esta decisión, y es que por mí te vería todas las semanas, pero también te veo fuerte y sin miedos, ya creciste, y veo que puedes por ti solo. Creo que, como yo, atrás del enojo hay tristeza de despedirnos.

P: (Me avienta jugando el otro zapato y me enseña a Huggy Wuggy...). Hoy no te voy a pagar, hoy no voy a hablar.

T: Ay, sí... ya vi que traes a Huggy Wuggy ("Huggy" de *hug*, "abrazo" en inglés) para que hable por ti, que me enseñe que estás molesto... Pero ¿sabes qué es lo chistoso? Que Huggy Wuggy está expresando lo que sientes hoy. Es un muñequito lindo, pero tiene unos dientotes afilados que asustan... Pero sí lo conozco, ¿eh? Sé que Huggy Wuggy, aunque tiene esos dientes que dan miedo, él no muerde. Los dientes son para distraer de esos brazos largos que tiene con los que da abrazos hasta dejar que a quien abraza no respire. Traes ganas de abrazarme por cariño, pero también de asfixiarme porque te dejo ir. Pero si no te dejo ir, es como decirte que no has crecido y que no puedes por ti solo, cuando yo veo todo lo contrario.

P: (Se para). ¿Dónde están las princesas?, ¿siguen aquí?

T: Sí, han estado en su lugar, por si las necesitabas. (Alex va al clóset... las saca —después de cinco meses— y esta vez me las da para que me las ponga. Hago como si se estiraran después de despertarse). Aaagggh (con voz de princesa), qué buen sueño. (Se estira la otra princesa). Aaagggh... sí (con voz de princesa). Las volteo a ver a Alex). Mira, hermana, Alex... (Y hago que lo abracen. Al principio, Alex no se quiere dejar, pero al segundo se muere de risa y las abraza).

P: ¡Hola, princesas!, ¿quieren jugar?

T: (Hago que las princesas lo vean de arriba para abajo). Creciste mucho (con voz de princesa), Alex. ¡Qué gusto verte! Claro que queremos jugar, ¿a qué jugamos? (Alex les enseña a Huggy Wuggy). ¡Ay! ¿Quién es tu amigo, Alex?

P: (Se ríe). Es Huggy... Vengan, princesas, vamos a jugar a Caperucita Roja, ¿sí? Que la princesa roja es Caperucita... y Huggy, el lobo. (Se acuesta en el diván con Huggy). Y la princesa rosa es la abuelita, ¿sí?

T: ¿Y qué tenemos que hacer? (Con voz de princesa).

Alex empieza a guiar el juego a través del cuento... paso a paso. Hasta que llega el momento en que Caperucita llega con el lobo-Huggy-abuelita.

T: Ay, abuelita (con voz de princesa roja).

P: Pregúntame por sus ojos.

T: Ay, abuelita (con voz de princesa roja), ¿por qué tienes esos ojos tan grandes?

P: Para verte mejor. Ahora pregúntame por sus brazos.

T: Ay, abuelita, ¿por qué tienes esos brazos taaan largos?

P: Para abrazarte mejor. Ahora pregúntame de la boca.

T: Ay, abuelita, ¿por qué tienes esa boca tan grande?

P: ¡Para comerte mejor! (Huggy va por la princesa roja, se la come con mucha risa y disfrutando... a la rosa ya se la comió).

T: Huggy Wuggy (con mi voz) se come a las princesas porque te quieres llevar una parte de ellas contigo, una parte de mí. (Yo le digo a las princesas:) Princesas, Alex hoy deja de venir y fue por ustedes para despedirse.

P: (Ya riéndose). Sí, me quería despedir de ustedes.

T: (Las princesas lo abrazan). Gracias por venir a jugar con nosotras y por haber jugado con nosotras. ¿Sabes?, nos dio mucho gusto ver que ahora también juegas juegos de niño grande. Nos gusta verte crecer. (Hago que me volteen a ver). Ivonne (con voz de princesa), ¿ya le dijiste que siempre que quiera y necesite puede volver? Sí (con voz de Ivonne), pero le pueden decir ustedes. Alex (con voz de princesa), mi hermana, yo e Ivonne estamos sólo a una llamada de distancia, cuando nos necesites aquí vamos a estar. No te vamos a olvidar. Y con esto (voz de Ivonne), ya es hora de terminar y de decirnos adiós. Aquí tienes tu espacio. (Alex agarra a Huggy y me lo avienta, pero ya no enojado). Recibo el abrazo de Huggy y te envío otro yo. (Le aviento de regreso a Huggy. Se pone sus zapatos, prende el ventilador —esto lo hacía cada vez que se iba—, yo juego a que el aire no me deja avanzar, me cierra la puerta y se va corriendo con su mamá).

Yo salgo, me despido y me agradece su mamá, quien le dice a Alex: “Despídete de Ivonne”; él sale corriendo a la puerta y yo le digo en tono fuerte a su mamá que está bien que no se quiera despedir, que las despedidas no son fáciles.